

EDUCACION EN LA FE Y SERVICIO A LA FE

JAIME PUJOL

Juan Pablo II dice, en el documento actual más importante que hay sobre catequesis, que lo escribe «para cumplir uno de los deberes principales de mi oficio apostólico. La catequesis ha sido siempre una preocupación central en mi ministerio de sacerdote y de Obispo»¹. Por otro lado, como el mismo Papa señaló, el objetivo principal de su viaje por nuestra tierra era: «En la misma línea de mis precedentes viajes apostólicos, llego a España como mensajero de la fe, para cumplir el mandato de Cristo de enseñar su doctrina a todas las gentes» (12,2).

Aunque no sea necesario dar razones que justifiquen profundizar en un tema de tanta trascendencia como es la *educación en la fe*, las citadas palabras aumentan el interés por su estudio. Las intervenciones que tuvo el Santo Padre en su *catequesis* por España sobre este tema han sido abundantes. Como ha escrito el Presidente de la Conferencia Episcopal Española, sus palabras han sido un servicio que «nunca agradeceremos como se merece, y que nos obliga moralmente a repasarlo, a desggranarlo reposadamente en el recogimiento de la oración, en el estudio atento y en la reflexión compartida...»². En esta línea se mueve mi trabajo, un año después de aquel viaje memorable.

Querría señalar que estas *reflexiones* se centran en el discurso que el Papa pronunció la tarde del 5 de noviembre de 1982, dirigido precisamente a los educadores cristianos³. De alguna manera, el esquema del

1. JUAN PABLO II, Exh. Ap. *Catechesi tradendae* (16-X-1979), n. 4. Es evidente la preocupación y experiencia del actual Pontífice en este tema: representante del Episcopado polaco en las dos últimas Asambleas Ordinarias del Sínodo de los Obispos sobre Evangelización y Catequesis; intervino activamente —como ha trascendido a la opinión pública— en la elaboración de la Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi* (8-XII-1975) de Pablo VI; Obispo celoso de la catequesis en su diócesis de Cracovia y en sus cargos en la Conferencia Episcopal de Polonia; etc.

2. Mons. Gabino DÍAZ MERCHÁN, *Mensaje de Juan Pablo II a España*, BAC, Madrid 1982, *presentación*, p. XIII.

3. El título dado al discurso es diverso según las ediciones consultadas: «La educación en la fe» lo encabeza la edición que utilizaremos en este trabajo; «Misión del educador en la fe: llevar a todos la novedad de la vida en Cristo», aparece en la edición castellana de *L'Osservatore Romano*, número extraordinario, diciembre

trabajo es deudor de la estructura del citado discurso. Hubo muchos otros momentos de su viaje apostólico por España en que aludió también a este tema, y que procuraremos integrar en el esquema elegido⁴.

1. *Momento de la catequesis en la Iglesia de España*

Antes de adentrarnos en el *mensaje* de Juan Pablo II a los educadores españoles en la fe, pienso que es imprescindible señalar con qué catequesis se encuentra el Papa al llegar a nuestro país. Vaya por delante que no pretendo hacer un análisis exhaustivo, imposible en estas pocas páginas. Se trata únicamente de esbozar el *cuadro* que, referido en nuestro caso a la educación en la fe, contemplaba Juan Pablo II en España. Cuadro que conocía bien el Santo Padre. Como han escrito los Obispos españoles, el Papa estaba «ampliamente informado de nuestra realidad histórica, social y religiosa» (Exh., 3).

Es indudable que la pastoral catequética y educativa ha sido una de las preocupaciones fundamentales de los Obispos españoles en estos últimos años. Así lo señalaba el Papa nada más llegar a España: «El obispo ha de prestar tal servicio a la verdad y a la fe cristiana sin ambigüedades. Me alegra por ello que ese servicio a la fe, como objetivo prioritario de vuestra Conferencia para los próximos años, haya sido elegido como tema por vuestras últimas Asambleas plenarias» (3,5). Precisamente pocos meses antes de su visita, el «Plan de acción pastoral» aprobado en la XXXVI Asamblea plenaria del Episcopado español señalaba como primera línea de trabajo «la labor catequética como proceso permanente para toda clase de personas»⁵. Y en la Exhortación colectiva y en las Directrices pastorales aprobadas el 24 de junio de este año por la Asamblea Plenaria del episcopado español, se señala que «consideramos como primer objetivo la formación intensa y sólida de los jóvenes cristianos, mediante una actividad catequética integral...» (Exh., 31), indicándose co-

1982, p. 95. Este mismo título se recoge en «Documentos sobre educación cristiana», n.º 1: *Juan Pablo II en Granada*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Madrid 1983, p. 11. Por último, en *Documentación Palabra* se titula: «¡Ay de mí si no evangelizare!». Junto a poner el acento en uno u otro punto del discurso, nos parece que este dato es significativo, pues muestra la riqueza de su contenido.

4. Una forma de apreciar la riqueza antes aludida puede ser analizando las siguientes voces del «Índice de materias» del volumen de la BAC, *Mensaje de Juan Pablo II a España: Catequesis, Catequistas, Educación, Educadores, Enseñanza, Fe, Fidelidad, Padres, Predicación, Palabra de Dios, Religión, Revelación*. El volumen *Juan Pablo II en Granada* de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis recoge, junto a las palabras del Papa en Granada, aquellos discursos o párrafos que dijo Juan Pablo II en España con especial aplicación a los educadores cristianos (cfr. pp. 141-174).

5. La Asamblea Plenaria tuvo lugar en Madrid del 21 al 25 de junio de 1982: cfr. *Ecclesia*, 2085 (1982) 887.

mo primero de los cinco criterios o líneas de acción pastoral el «promover un proceso permanente de educación en la fe y de evangelización» (Dir., II, 1). Un volumen de casi 700 páginas recoge los documentos que de forma colectiva han sido publicados desde 1969 hasta 1980, sea por la Asamblea Plenaria, la Comisión Permanente, la Comisión Episcopal de Enseñanza o en alguna de las Provincias eclesiásticas españolas⁶.

¿Qué ha pasado en estos años?, ¿qué *balance* se puede hacer de la educación en la fe en España antes de la visita apostólica de Juan Pablo II? Además de los documentos citados no faltan estudios que han intentado en estos últimos años hacer un análisis crítico de la situación: a ellos nos remitiremos⁷.

Conviene recordar, en primer lugar, que el llamado «movimiento catequético» iniciado en Europa a principios de este siglo hizo también su entrada en España. De algunas de sus figuras hará precisamente el Santo Padre un emotivo homenaje —honra merecen— en su discurso en Granada. Hablará de «los ejemplares educadores cristianos», entre los que cita a don Andrés Manjón, don Manuel González, el Padre Poveda, don Manuel Llorente: «Figuras, todas ellas, luminosas y señeras, que se adelantaron a la renovación catequética de tiempos posteriores culminados en el último Concilio ecuménico. Figuras que siguen siendo un ejem-

6. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Documentos colectivos del Episcopado español sobre formación religiosa y educación*. 1969-1980, Edice, Madrid 1981, 669 pp. En este volumen se recogen un total de 53 documentos, de los cuales 19 son del Pleno de la Conferencia Episcopal; 9 de la Comisión permanente; 12 de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis; y el resto —13— de diversas Provincias eclesiásticas. En una clasificación temática, 26 documentos son sobre «Pastoral educativa»; 11 sobre «Enseñanza religiosa»; 6 sobre «Catequesis y educación religiosa»; y los 12 restantes sobre la «Situación socio-política en España»: dos de los documentos figuran en sendos apartados.

7. Un buen punto de referencia es la Revista *Actualidad Catequética* (Secretariado Nacional de Catequesis, Madrid. Cinco números al año). Se pueden consultar especialmente: el n.º 100 (octubre-diciembre de 1980), titulado significativamente «Catequesis ayer y mañana». Destacaríamos: «Catequesis y catequistas en la Iglesia de España. Los Obispos de la Comisión de Enseñanza y Catequesis y los catequistas jóvenes contestan a nuestro cuestionario» (pp. 11-45); «Ochenta años de catequesis en la Iglesia de España», por Vicente María Pedrosa (pp. 46-87); «Tareas de la catequesis en nuestro tiempo», por Ricardo Lázaro (pp. 105-115).

El n.º 96 (enero-marzo 1980), dedicado casi íntegramente a la *Catechesi tradendae*, y el n.º 109 (julio-septiembre de 1982) sobre «El sucesor de Pedro y la Iglesia», que pretende ofrecer documentos y estudios para la preparación catequética del viaje a España de Juan Pablo II.

Son de especial interés para nuestro análisis los dos grandes documentos programáticos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis: el llamado documento de Santiago de Compostela de 1978, titulado «Una nueva etapa en el Movimiento Catequético» (cfr. *Actualidad Catequética*, 92-93 (1979) 9-24), y el «Plan de acción de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis para el trienio 1981-1984: Educación cristiana y catequesis» (cfr. «Documentos sobre Enseñanza Religiosa», n.º 13, Edice, Madrid 1982, 54 pp.). Por su concreción y análisis sintético de estos temas añadiríamos, finalmente, la citada Exhortación Colectiva del Episcopado Español, aprobada en la XXXVIII Asamblea Plenaria.

plo elocuente para todos los que hoy han de continuar la misión de educar en la fe a las nuevas generaciones» (29,2).

Otras muchas realidades, no suficientemente analizadas ni valoradas, podrían citarse de la catequética española hasta el Concilio Vaticano II. Por desgracia, falta por escribir una historia seria y objetiva de la catequesis española de los últimos cien años⁸. Con demasiada frecuencia se despachan los primeros 60 años de nuestro siglo con juicios estereotipados que no responden, según mi entender, a la rica realidad —no exenta de sombras, como toda obra humana— de la catequesis en España.

Es evidente que con el Concilio Vaticano II se abrió un nuevo capítulo de la catequesis en todo el mundo, y también en España. Aunque el Concilio no emanara ningún documento específico sobre la catequesis, dio orientaciones precisas sobre la educación cristiana, entre las que destacan los contenidos en la Declaración *Gravissimum Educationis Momentum*, sobre la educación cristiana de la juventud⁹. Tiempos de ilusiones y esperanzas abrirá el período postconciliar para la catequesis española.

Un buen conocedor de la realidad catequética en nuestro país sitúa la catequesis de los años 1960 a 1980 «bajo el signo de la 'acogida y búsqueda de identidad'»¹⁰. La búsqueda de esa *identidad* será sin duda una tarea laboriosa, que no ha terminado, pues se sigue proponiendo como objetivo en nuestros días¹¹.

Pienso que estamos en un momento especialmente adecuado para encontrar —¿o re-encontrar?— esa identidad. En estos últimos quince años —desde 1971— se han publicado por la Jerarquía eclesial una serie de documentos —algunos fruto de otros tantos eventos eclesiales— de notable valor clarificador para la educación en la fe¹².

8. Aunque quizá todavía no haya llegado el momento, al ser los hechos demasiado recientes. Vid. nuestra crítica a una obra que pretende hacer esa historia de los últimos 100 años de la catequesis en Francia: G. ADLER y G. VOGELISEN, *Un siècle de catéchèse en France: 1893-1980*, Paris 1981, en *Scripta Theologica*, 15 (1983/2) 646-652.

9. Aprobada con fecha 28.X.1965: AAS 58 (1966) 728-739.

10. PEDROSA, V. M.^a, *Ochenta años...*, o.c., en *Actualidad Catequética* 100 (1980) 641. Vicente María Pedrosa ha sido bastantes años el Director del Secretariado Nacional de Catequesis.

11. Cfr. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Plan de acción... para el trienio 1981-1984*, o.c., p. 42.

12. Como grandes documentos actuales sobre la catequesis podemos señalar en primer lugar el *Directorio general de la Catequesis* (Sagrada Congregación del Clero, Roma, 11.IV.1971: AAS 64 (1972) 97-176), publicado de acuerdo con lo establecido en el número 44 del Decreto *Christus Dominus* del Concilio Vaticano II. En 1975 Pablo VI publicó la Exh. Ap. *Evangelii nuntiandi* (Roma, 8.XII.1975: AAS 68 (1976) 5-76), fruto de la III Asamblea general del Sínodo de los Obispos sobre la Evangelización; y en 1979 Juan Pablo II dio a conocer la Exh. Ap. *Catechesi tradendae* (Roma, 16.X.1979: AAS 71 (1979) 1277-1340), después de la IV Asamblea general del Sínodo de los Obispos de 1977 sobre la Catequesis. Anotamos también dos extensos documentos de la Sagrada Congregación para la Educación Católica: *La Escuela Católica* (Roma, 19.III.1977: «Estudios y documentos», n.º 41, PPC, Madrid 1977)

Es evidente, por otro lado, que la voluntad del Episcopado español es clara en este sentido: «Una comunidad creyente no puede, sin gravísimo riesgo, centrarse largo tiempo sobre sí misma, buscando eternamente su identidad. Ni como individuos ni comunitariamente, podemos recluirnos en los problemas internos cuando tenemos delante un horizonte de tareas tan importantes y sustantivas para el establecimiento del Reino. Hay que proclamar con convicción y subrayar con fuerza los grandes contenidos de nuestra fe» (*Exb.*, 22).

Las bases están puestas; es preciso un esfuerzo por parte de todos los estamentos y personas implicadas en esta tarea, para centrar los verdaderos problemas y señalar las soluciones más adecuadas. Los discursos de Juan Pablo II en España no pueden considerarse desligados de esos documentos magisteriales y ofrecen, para nuestro país, orientaciones precisas para conducir la educación en la fe hacia metas realistas y comprometidas.

En 1980, los obispos que formaban parte de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis ofrecían este balance de la catequesis¹³: como aspectos positivos señalaban el gran interés que este tema había despertado en España en estos años, siendo asumida por la jerarquía como tarea pastoral prioritaria; la catequesis era entendida como una acción de la Iglesia y desde la Iglesia; se había incorporado a la catequesis la renovación bíblica, litúrgica, doctrinal, testimonial y antropológica; la atención prestada a la catequesis de adultos; una mayor aproximación al hombre; se ha pasado de una catequesis nocional a una consolidación vivencial de la fe; hay un mayor respeto a los ritmos de la catequesis...

Como aspectos negativos los mismos obispos señalaban la falta de un concepto claro de lo que es la catequesis; el abandono del aspecto conceptual y sistemático que toda catequesis, en cuanto que es una enseñanza razonada, debe mantener; falta de una base de doctrina teológica común, de la que partiesen todos los textos y material catequético de las diversas etapas; abandono de la memoria; una acentuación excesiva, hasta la sofisticación, de dimensiones pedagógicas y de métodos; se ha intentado el respeto a los procesos de cada hombre y de cada grupo, pero en ocasiones se ha silenciado el mensaje esencial del Evangelio; etc. Se imponía, decía uno citando una *Nota* de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «la necesidad de afirmar la identidad cristiana de la ca-

y *El laico católico. Testigo de la fe en la escuela* (Roma, 15.X.1982: Poliglota Vaticana, Roma 1982, 44 pp.).

13. Cfr. *Los Obispos de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis... contestan a nuestro cuestionario, o.c., Actualidad Catequética* 100 (1980) 11-45. Recogemos las opiniones de los Sres. Obispos: D. Elías Yanes, D. Jaime Camprodón, D. Teodoro Cardenal, D. José Manuel Estepa Llaurens, D. Demetrio Mansilla, D. Jesús Plá, D. Juan María Uriarte.

tequesis, discernir los elementos que contribuyen a una renovación continua y trazar una línea de coherencia y unidad»¹⁴.

Parecidas consideraciones se hacían en otro *balance* que en 1981 elaboró la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis sobre el Plan propuesto por la misma Comisión en 1978¹⁵. Y, de forma mucho más esquemática, se presentan estas ideas en la Exhortación colectiva del 24 de junio último (cfr. Exh., 1-18).

Son también ilustrativas las posturas y declaraciones que se sucedieron al recibirse en España la *Catechesi tradendae*. Así decía la Nota de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis nueve meses después de su aparición: «Desde la publicación por el Papa Juan Pablo II de la Exh. Ap. *Catechesi tradendae*, la Comisión Episcopal apreció las perspectivas que estas enseñanzas del Papa abren a la catequesis. A la luz de esta Exhortación Apostólica, y en continuidad con la que Pablo VI dirigió sobre la evangelización en el mundo contemporáneo, los obispos de la Comisión consideran que es necesario ajustar más y más cada día a las citadas orientaciones pontificias la actividad catequética, de modo que se clarifique su naturaleza y contenidos, y potenciar la formación de los catequistas».

«La Comisión reafirma la prioridad pastoral de la acción catequética para la educación de la fe del pueblo cristiano en las actuales circunstancias en que la cultura y el ambiente social oscurecen y a veces son hostiles a los valores evangélicos»¹⁶.

En un momento de ensayos y tentativas en el campo catequético, la sociedad donde incide esta *acción* sufre una verdadera «quiebra de los valores morales»¹⁷, que hace sin duda más difícil una actuación serena y mesurada como precisa toda educación, y especialmente la de la fe.

Luces y sombras de la catequesis en España que ha sufrido, como pocos, la crisis que ha afectado a tantos campos de la pastoral. Se ha dicho que muchos de nuestros materiales catequéticos —expresión de toda una pastoral de la fe— contienen buenos enfoques metodológicos, pero les falta contenido. Si es así, ¿es posible este fenómeno en la pedagogía religiosa? Porque si en cualquier disciplina el método es medio, y no fin, en la pedagogía religiosa este principio es de tal importancia que el mismo método queda no sólo vacío, sino que puede ser incluso un obstáculo para lo único que debe servir: educar en la fe. Con razón señalaba Mons. José Manuel Estepa que «tal vez en nombre del respeto a los

14. *Ibidem*, p. 18.

15. Cfr. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Plan de acción... para el trienio 1981-1984*, o.c., pp. 9-14 y 37-42.

16. Id., *Nuevas exigencias para la catequesis y para la enseñanza religiosa escolar*, Nota de la citada Comisión, 3-VI-1980, n. 2, en *Documentos colectivos...*, o.c., p. 628.

17. *Nota informativa de la Comisión permanente del Episcopado Español*, Madrid, 13 de mayo 1983: *Ecclesia* 2.126 (1983) 660.

problemas de cada hombre y de cada grupo, hemos silenciado a veces *el mensaje esencial del Evangelio*. Y añadía a continuación: «Me pregunto más de una vez si, en todos nuestros grupos de catequesis, entregamos, por fin, y en su integridad, el Símbolo Apostólico, el Símbolo de la fe... ¿No causamos algunas veces la impresión de estar siempre esperando una 'ocasión' propicia para decir, con toda explicitud, la Palabra de Dios?»¹⁸. Parecidas consideraciones se hará el Cardenal Joseph Ratzinger recientemente: su análisis de la catequesis actual es un dictamen duro, pero lúcido, de muchas de las cosas que también pasan en nuestro país¹⁹.

Junto a estos problemas que van al fondo del tema, la educación de la fe en España se ha enfrentado también en estos últimos años con dificultades crecientes en el ámbito de la enseñanza religiosa escolar. Se ha señalado como objetivo prioritario desde 1981 a 1984 que «las parroquias, las comunidades religiosas, la comunidades cristianas todas cubran y asuman como propios —como exigencias de su corresponsabilidad— las actividades pastorales vinculadas al campo de la enseñanza que en este plan de trabajo se señalan»²⁰. Se debe «proseguir la tarea de sensibilizar la Comunidad Cristiana y a la opinión pública para que la sociedad valore la enseñanza religiosa dentro del ámbito escolar como un derecho de la persona a la educación integral —recogido en la Constitución Española— y como un derecho del creyente a la educación de su fe»²¹. Un buen número de declaraciones y documentos preceden estas palabras, que tocan sin duda un punto neurálgico de la fe del pueblo español; un ámbito donde se juega gran parte de la educación en la fe toda una generación de españoles²². No hace falta recordar las muchas veces que el Romano Pontífice ha hablado de este tema dentro de su defensa de los derechos de la dignidad de la persona humana, entre los cuales siempre sitúa «la libertad de enseñanza y el derecho a recibir instrucción religiosa en las

18. Mons. José Manuel ESTEPA, *Los Obispos de la Comisión..., o.c., Actualidad Catequética* 100 (1980) 593.

19. Cfr. RATZINGER, J., *Transmission de la foi et sources de la foi*, Conferencia pronunciada en Lyon y París, enero 1983: *La Documentation Catholique* 65 (1983) 261-267. Utilizaremos la traducción castellana: *Transmisión de la fe y fuentes de la fe, Scripta Theologica* 15 (1983/1) 9-30.

20. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *Plan de acción..., o.c.*, p. 13.

21. *Ibidem*, p. 15.

22. Sin ánimo de agotar el tema, señalamos los siguientes documentos; todos ellos están recogidos en el citado volumen *Documentos colectivos...*: De la Conferencia Episcopal Española (plenos), «La enseñanza religiosa en las escuelas» (25.VI.77), «Dificultades graves en el campo de la enseñanza» (23.XI.79). De la Comisión permanente de la Conferencia Episcopal, «Los planteamientos actuales de la enseñanza» (24.IX.76), «Posiciones del Episcopado sobre educación y enseñanza» (18.V.78), «La enseñanza religiosa» (10.V.79). De la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «La enseñanza religiosa escolar» (11.VI.1979), «La presencia y la acción de la Iglesia en la educación» (julio 1978); etc.

escuelas» (3,5)²³: no dejará de recordarlo también en España, como veremos.

Han sido años en los que los materiales catequéticos oficiales han sufrido también hondas transformaciones: se ha pasado de los Catecismos Nacionales de finales de los años 50 a los Catecismos Escolares de la década de los 60, el Catecismo de Preadolescentes (1976), bases de programación desde preescolar a BUP (1977-1981), los nuevos Catecismos de la Comunidad cristiana y los nuevos Catecismos Escolares²⁴.

Para terminar de delinear el *cuadro* que nos proponíamos al principio, dos observaciones: en primer lugar hay que tener en cuenta lo que específicamente para España ya dijo el Papa antes de venir a nuestro país. Me refiero a los discursos por él pronunciados con ocasión de las visitas *ad limina* de los obispos españoles desde diciembre de 1981 a junio de 1982. Los títulos que se han dado a estos discursos son muy significativos, y apuntan una fuerte carga catequética: «Edificar la fe del pueblo» (SC); «Fidelidad cada vez mayor a Cristo» (SG); «Transmitir el mensaje de salvación» (Z); «Ser luz para los hombres» (VO); «Maestros de la fe» (TB); «La identidad cristiana» (T); «Conciencia de la Iglesia» (BP); «Tarea evangelizadora en todos los sectores de la vida» (V). Su contenido estará lógicamente lleno de sugerencias para la educación en la fe del pueblo español²⁵.

Querría señalar, en segundo lugar, que en la Exhortación colectiva que el Episcopado español publicó con motivo de la «visita apostólica de Juan Pablo II, sucesor de Pedro, a la Iglesia en España», los obispos decían que «hemos de reconocer que individual y colectivamente necesitamos», junto a la «animación en nuestra esperanza», «crecer en la comunión de la caridad» y «construir entre todos una Iglesia más evangélica»; por eso, era preciso en primer lugar «iluminación y fortaleza en nuestra fe, es decir, clarificación en sus contenidos fundamentales, coherencia en la vida y firmeza en su confesión»²⁶. Es una cita más que nos demuestra que el objetivo prioritario de los obispos españoles es la educación en la fe y una «clarificación» de su naturaleza y contenidos. Tarea prioritaria

23. Vid. también 16,3. Una larga lista de documentos se podrían citar, especialmente aquellos en los que el Papa defiende ese derecho de la persona humana: cfr. volumen *Juan Pablo II y los derechos humanos*, Euns, Pamplona 1982, 254 pp.

24. Señalamos únicamente los nuevos Catecismos de la Comunidad Cristiana *Padre Nuestro y Jesús es el Señor*. Y los nuevos Catecismos Escolares: *Padre Nuestro* (1.º EGB), *Nuestro Señor* (2.º EGB), *Los discípulos de Jesús* (3.º EGB), *Testigos de Jesús* (4.º EGB), *Camino, Verdad y Vida* (5.º EGB), *Las huellas de Dios* (6.º EGB).

25. Les hablará el Papa de la «catequesis parroquial», «necesidad de una evangelización intensa y esmerada de los fieles», «la enseñanza religiosa en la escuela, pública y privada», etc.: cfr. *Mensaje...*, o.c., 275-312 *passim*.

26. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Visita apostólica de Juan Pablo II, sucesor de Pedro, a la Iglesia en España*, Exhortación Colectiva de la Conferencia Episcopal Española, aprobada en la XXXV Asamblea Plenaria, celebrada los días 23-28 noviembre de 1981, en *Actualidad Catequética* 109 (1982) 428.

que se ha impuesto a sí mismo Juan Pablo II como «pastor de todos los fieles para procurar el bien común de la Iglesia universal y de cada Iglesia»²⁷.

Con las ilusiones, esperanzas y también preocupaciones del Episcopado español conectarán, como veremos, las palabras del Romano Pontífice en nuestras tierras.

2. *El mensaje de Juan Pablo II*

Teniendo en cuenta este *cuadro* de referencia, apenas esbozado, nos adentramos en el análisis de lo señalado al principio: el discurso que el Papa dirigió en Granada a todos los educadores cristianos.

Pero, ¿quiénes son los educadores cristianos?, ¿a quiénes se dirige en Granada Juan Pablo II? Como dirá en un determinado momento, sus palabras son para todas aquellas personas que trabajan «dentro del vasto campo de la educación en la fe» (29,5). De forma especial podemos señalar: los catequistas de la comunidad cristiana; los profesores de religión de los diversos niveles y de los más variados centros educativos, así como los profesores cristianos que imparten otras materias de enseñanza, pero que tanto influyen en la formación religiosa de sus alumnos; lógicamente se dirige a los padres, primeros educadores de la fe de sus hijos, y a todos aquellos que en la Iglesia tienen responsabilidades de educar la fe de los fieles.

El Papa no habla a especialistas o expertos en Pedagogía Religiosa, sino a un público amplio, muy diverso, pero con idéntica misión: formar la fe. En esta línea, pensamos que el tema tiene especial interés para los teólogos, que son de alguna manera «educadores» de los educadores en la fe. Por eso, a los que allí estábamos, y a todos los teólogos, dirá Juan Pablo II en Salamanca: «La fe cristiana es eclesial, es decir, surge y permanece vinculada a la comunidad de los que creen en Cristo, que llamamos Iglesia. Como reflexión nacida de esta fe, la teología es ciencia eclesial (...) La tarea del teólogo lleva, pues, el carácter de misión eclesial, como participación en la misión evangelizadora de la Iglesia y como servicio preclaro a la comunidad eclesial». De ahí hará derivar el Papa la responsabilidad de los teólogos, que han de tener presente a todos los fieles y «ante todo los sacerdotes y futuros sacerdotes que han de educarles en esa fe» (10,4).

a. *Educación en la fe y Revelación*

Nuestro trabajo señala que los educadores en la fe son «dispensado-

27. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Christus Dominus*, n. 2.

res de la Revelación divina». Estas palabras, citadas por el Papa al final de su discurso en Granada (29,7) resumen lo que, pienso, es el nervio y el trasfondo teológico de todo su mensaje a los educadores cristianos.

Efectivamente, comenzará ese mensaje diciendo que la educación en la fe es un «servicio especial a la Revelación divina». Los educadores en la fe son a la vez discípulos —ya que sacan inspiración de esa Revelación— y apóstoles, pues les toca anunciar a los demás hombres toda la verdad del amor de Dios que el Hijo desea revelarnos (cfr. 29,1). Sobre ese fundamento, irá desarrollando los demás puntos: en qué consistirá ese apostolado o educación en la fe; cuándo esa tarea es especialmente importante; a quién, dónde y cómo debe realizarse; obligaciones y responsabilidades que comporta.

Vistas así las cosas, es evidente que «en definitiva, el anuncio del Evangelio, el servicio a la fe, es *acercar Cristo a los hombres y acercar los hombres a Cristo*» (29,4)²⁸; hay un «mundo a catequizar, para acercarlo a Cristo» (29,7); hay que «conducir a los fieles —niños, jóvenes y adultos—, a través de las diversas formas de catequesis y educación cristiana, al centro de la Revelación: Cristo» (29,3). Aquí citará el Papa su Encíclica *Redemptor hominis*, cuando dice que el cometido fundamental de la Iglesia en nuestra época es dirigir la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia Cristo, ayudando a todos los hombres a tener familiaridad con el hecho profundo de la Redención cumplida en Cristo Jesús²⁹.

En un reciente documento de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis se dice: «El hecho de que Jesucristo sea la plenitud de la Revelación confiere a la catequesis su carácter eminentemente *«cristocéntrico»*. Creemos que éste es uno de los mayores logros de la catequesis en estos últimos años»³⁰. No hay duda ninguna de que Juan Pablo II ha contribuido poderosamente a ese cristocentrismo en la educación en la fe.

Además de que todos sus escritos giran alrededor del «Redentor del hombre, Jesucristo, centro del cosmos y de la historia»³¹, el capítulo primero de la Exh. Ap. *Catechesi tradendae*, «Tenemos un sólo maestro: Jesucristo», hablará precisamente del cristocentrismo en la catequesis. La semejanza entre el inicio del discurso de Granada y ese primer capítulo

28. El subrayado viene en el original: en las citas textuales los subrayados siempre están en el original.

29. Cfr. *Redemptor hominis*, n. 10. Como dato ilustrativo, en el discurso de Granada el Papa cita 18 veces el Nuevo Testamento, 1 vez la Const. Dogm. *Dei Verbum*, 2 veces la Exh. Ap. *Catechesi tradendae*, en 2 ocasiones el documento *El laico católico. Testigo de la fe en la escuela*, y 1 vez el discurso a los Obispos de la Provincia eclesiástica de Zaragoza en su visita *ad limina* del 2 de febrero de 1982.

30. COMISIÓN EPISCOPAL DE ENSEÑANZA Y CATEQUESIS, *La catequesis de la comunidad. Orientaciones pastorales para la catequesis en España, hoy*, «Documentos Catequéticos» n.º 1, Edice, Madrid 1983, n. 123.

31. *Redemptor hominis*, n. 1.

de la *Catechesi tradendae* pienso que es evidente. Quizá la mejor manera de profundizar en lo que dijo el Papa en España a los educadores cristianos sea que éstos releen y profundicen de nuevo la *Catechesi tradendae*.

¿Qué sentido tiene para Juan Pablo II el cristocentrismo en la educación en la fe?: «Dos significados de la palabra, que ni se oponen ni se excluyen, sino que más bien se relacionan y complementan»³². En primer lugar, «que en el centro de la catequesis encontramos esencialmente una Persona, la de Jesús de Nazaret, 'Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad' (...); la vida cristiana consiste en seguir a Cristo (...) En este sentido, el fin definitivo de la catequesis es poner no sólo en contacto, sino en comunión, en intimidad a Jesucristo»³³.

Pero —y este es el segundo sentido—, en «la catequesis el cristocentrismo significa también que, a través de ella, se transmite no la propia doctrina o la de otro maestro, sino la enseñanza de Jesucristo, la Verdad que El comunica o, más exactamente, la Verdad que El es»³⁴.

Esta perspectiva *cristocéntrica* se fundamenta en la visión *teocéntrica* que no puede olvidar la educación en la fe, y los que a ella se dedican. El Papa, citando a la Constitución Dogmática sobre la Revelación, dirá que los hombres, por medio de Cristo, «tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina (cfr. Eph 2,18; 2 Pet 1,4) (*Dei Verbum*, 2)» (29,1). Cristo desea revelarnos «toda la verdad del amor de Dios, para que lo anunciemos a los demás hombres» (29,1). Es a través de Cristo como podemos entrar en el «Misterio de Dios», y la verdadera educación en la fe «consiste en que los educandos en la fe acepten no sólo la palabra de la verdad revelada, sino también ese amor del cual nace la Revelación y que en ella se expresa y realiza» (29,7). El educador en la fe es, «indirectamente, dispensador de aquel amor eterno de Dios hacia los hombres» (29,7). Unión con Cristo para entrar en intimidad con el Padre en el Espíritu Santo.

Desde ese sólido fundamento es cuando la educación en la fe podrá ser realmente *antropocéntrica*. Con profundas palabras lo dice el Santo Padre: «Desde ahí —y se refiere a una fe teologal bien arraigada— ha de abrirse al cristiano la perspectiva nueva que abarque y oriente toda su existencia, ofreciéndole con el programa cristiano 'razones para vivir y razones para esperar' (*Gaudium et spes*, 31)» (29,3).

El antropocentrismo en la catequesis es un tema que ha provocado fuertes polémicas y no pocas desviaciones en la catequesis de los últimos años. Según el Cardenal J. Ratzinger, toda una serie de hechos «contribuyeron a un generalizado reduccionismo antropológico: preeminencia

32. *Catechesi tradendae*, n. 5.

33. *Ibidem*.

34. *Ibidem*, n. 6; cfr. también el n. 20.

del método sobre el contenido significa predominio de la antropología sobre la teología, obligada a buscar su puesto dentro de esta antropocéntrica radical. Pero con la ruina de la antropología entraron en escena nuevos centros de gravedad: el dominio de la sociología, o también el primado de la experiencia, que se erige ahora en criterio para la comprensión de la fe tradicional»³⁵.

El antropocentrismo radical que se capta hoy día en tantas manifestaciones catequéticas es, como escribió hace años P. Rodríguez, «la manifestación aberrante de algo que, en sí mismo, es muy importante y verdadero: que el hombre es el centro de la Creación (...) Pero cuando se pierde el verdadero sentido de esta doctrina, puede querer el hombre instrumentalizar al mismo Dios, olvidándose de que, si él es el centro de la Creación, es porque Dios es el centro del hombre»³⁶.

Sólo desde la fe —y de la teología como «reflexión nacida de esta fe» (10,4)—, se podrá dar respuesta a tantos problemas planteados al hombre de nuestro tiempo. Hablando a los profesores y alumnos de una Universidad Pontificia romana, de larga y rica tradición en el campo de la pedagogía y de la educación en la fe, decía Juan Pablo II: «Es pues obvio que vuestro trabajo debe desarrollarse con una orientación sustancialmente teocéntrica y cristocéntrica, para convertirse después en trabajo auténticamente antropocéntrico. No se trata de cerrarse en la ciudadela del estudio, dejando que el mundo recorra sus caminos, sino más bien de subir, como vigilantes centinelas, a la torre de la fe, aprovechándose de todos los auxilios de la ciencia, para indagar, bajo una luz superior y verdaderamente divina, en el camino presente y en la suerte del hombre, para intervenir oportuna y eficazmente en su ayuda, impulsando a todos, en cuanto sea posible, a un encuentro determinante con la Verdad que ilumina y que salva al hombre y a su historia»³⁷.

b. *Qué es educar en la fe*

«La misión de la Iglesia se realiza a través de la continua educación en la fe»³⁸. Dentro de la actividad pastoral y misionera de la Iglesia, la catequesis es una etapa o un «momento —¡y cuán señalado!— en el proceso total de evangelización»³⁹. Después del primer anuncio del Evangelio que ha suscitado la conversión, viene la catequesis, que «globalmente se puede considerar en cuanto educación de la fe de los niños, de

35. RATZINGER, J., *Transmisión de la fe...*, o.c., p. 12.

36. RODRÍGUEZ, P., *Urgencia de la catequesis en el mundo actual*, Departamento de Pastoral y Catequesis, Pamplona 1976, p. 8.

37. *Discurso en la Pontificia Universidad Salesiana*, 31-I-1981, n. 5.

38. *Discurso en la audiencia general del miércoles* 17-XI-1982, donde el Papa evocaba su viaje apostólico por España, en *Mensaje...*, o.c., p. 268.

39. *Catechesi tradendae*, n. 18; cfr. *Evangelii nuntiandi*, n. 40 y *Directorio general de la Catequesis*, n. 17.

los jóvenes y adultos, que comprende especialmente una enseñanza de la doctrina cristiana, dada generalmente de modo orgánico y sistemático, con miras a iniciarlos en la plenitud de la vida cristiana»⁴⁰. Otras formas dentro del proceso total de evangelización son la forma litúrgica y la forma teológica. Aunque estrechamente unidas entre sí, estas cuatro formas se distinguen y tienen sus leyes propias⁴¹. Los principales elementos de esta definición o descripción de lo que es la catequesis, los recordará Juan Pablo II en Granada.

La catequesis es *educar* la fe que ya se tiene; «hacer madurar la fe inicial y educar al verdadero discípulo por medio de un conocimiento más profundo y sistemático de la persona y del mensaje de Nuestro Señor Jesucristo»⁴². Esa fe ha sido infundida habitualmente por Dios en el momento del Bautismo. La educación en la fe trata de «mantener y desarrollar esa fe (...) acompañando y promoviendo el crecimiento de la fe del cristiano durante toda la vida. Porque una 'minoría de edad' cristiana y eclesial no puede soportar las embestidas de una sociedad crecientemente secularizada» (29,3), dirá Juan Pablo II en Granada. Se trata de que la catequesis de jóvenes y adultos convierta en «*convicciones profundas y personales* los sentimientos y vivencias quizá no suficientemente arraigados en la niñez» (29,3).

Hay que darse cuenta que la «fe cristiana comporta para el creyente una búsqueda y aceptación personal de la verdad, superando la tentación de vivir en la duda sistemática, y sabiendo que su fe 'lejos de partir de la nada, de meras ilusiones, de opiniones falibles y de incertidumbre, se funda en la palabra de Dios que ni engaña ni se engaña' (*Catechesi tradendae*, 60). Por ello, la catequesis debe dar también 'aquellas certezas, sencillas pero sólidas, que ayudan a buscar cada vez más y mejor, el conocimiento del Señor' (*Ibidem*)» (29,3)⁴³.

Todo esto nos recuerda que la catequesis debe ser «una enseñanza cristiana *orgánica y sistemática*», sin improvisaciones, *elemental*, «que no pretenda abordar todas las cuestiones disputadas ni transformarse en investigación teológica o en exégesis científica», aunque será no obstante, bastante *completa*, «que no se detenga en el primer anuncio del misterio

40. *Catechesi tradendae*, n. 18. De esta visión amplia de lo que es la catequesis dirá más adelante Juan Pablo II: «En la concepción que se acaba de exponer, la catequesis se ajusta al punto de vista totalmente pastoral desde el cual ha querido considerarla el Sínodo. Este sentido amplio de la catequesis no contradice, sino que incluye, desbordándolo, el sentido estricto al que por lo común se atienen las exposiciones didácticas: la simple enseñanza de las fórmulas que expresan la fe» (n. 25).

41. Cfr. *Directorio general de la Catequesis*, n. 17. En este sentido es clarificador el capítulo II (nn. 22-76) de *La Catequesis de la comunidad*, o.c., pp. 15-37.

42. *Catechesi tradendae*, n. 19.

43. En este párrafo es donde se incluyen las dos referencias que el Papa hizo en Granada a la Exh. Ap. *Catechesi tradendae*.

cristiano, cual lo tenemos en el *kerigma*, y que sea también «una iniciación cristiana *integral*, abierta a todas las esferas de la vida cristiana» ⁴⁴.

La catequesis, según esta precisa descripción, irá a *educar* en su sentido más genuino, *todas* las esferas de la vida cristiana. No se podrá quedar en la formación de la inteligencia, o de los sentimientos: inteligencia, corazón y voluntad, para que el cristiano pueda iluminar todas las realidades. La catequesis es «siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación (...) Pero esta revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio» ⁴⁵.

¿Cuál es el *contenido* de la catequesis? La Palabra de Dios transmitida con toda su integridad. «No se trata —dirá en su mensaje a los seminaristas españoles— de una ideología o de una opción personal, sino de la Palabra revelada por Dios, predicada por la Iglesia, celebrada en la liturgia, asimilada en la contemplación, vivida por los santos, profundizada por los sacerdotes» (40,4). Y en la *Catechesi tradendae* había escrito: «El discípulo de Cristo tiene derecho a recibir la 'palabra de la fe' (Rom 10,8) no mutilada, falsificada o disminuida, sino completa e integral, en todo su rigor y vigor (...) A ningún verdadero catequista le es lícito hacer por cuenta propia una selección del depósito de la fe, entre lo que estima importante y lo que estima menos importante, o para enseñar lo uno y rechazar lo otro» ⁴⁶.

Sin la fidelidad a la 'palabra de la fe' no es posible dar esas «certezas sencillas pero sólidas»; sin la integridad del contenido de la fe, el motivo formal por el que creemos se rompe, y la fe teológica se pierde. Esta preocupación del Papa por la fidelidad a la doctrina —parte principal de su ministerio como Vicario de Cristo— la expresará en diversas ocasiones durante su viaje por España. Centrándonos en el tema de la educación en la fe, dirá a los Obispos españoles: «Sé que veláis por garantizar asimismo la sana doctrina en la catequesis y en los textos escolares de Religión. No ceséis en vuestro empeño. De esta solicitud depende en buena parte la formación cristiana de los jóvenes y de los adultos» (3,5). Y a las religiosas dedicadas a la enseñanza de la juventud en el ámbito escolar decía: «Impartid la doctrina íntegra, sólida y segura; utilizad textos que presenten con fidelidad el Magisterio de la Iglesia» (43,8).

44. Cfr. *Catechesi tradendae*, n. 21. Al final de este punto del que hemos tomado las ideas expuestas, el Papa dice: «Sin olvidar la importancia de múltiples ocasiones de catequesis, relacionadas con la vida personal, familiar, social y eclesial, que es necesario aprovechar (...), insisto en la necesidad de una enseñanza cristiana orgánica y sistemática, dado que desde distintos sitios se intenta minimizar su importancia».

45. *Catechesi tradendae*, n. 22.

46. *Catechesi tradendae*, n. 30. Es llamativo el número de ocasiones en que el Santo Padre repite esta idea en la citada Exhortación. En concreto en los números 17, 50, 52, 58 y 59.

En esta misma línea, un criterio concreto muy ilustrativo de esa preocupación del Papa es lo que dijo en ese mismo discurso: «Los jóvenes tienen derecho a no ser inquietados por hipótesis o tomas de posición aventuradas, ya que aún no tienen capacidad de juzgar» (43,8)⁴⁷.

La educación en la fe se dirige a *todos*: niños, jóvenes y adultos, aunque es evidente que, como recordó el Papa en Granada «hay momentos del proceso cristiano que necesitan una particular atención, como los de la iniciación cristiana, la adolescencia, elección de estado y otras circunstancias de mayor relieve en la vida personal; tras una crisis religiosa o cuando se han vivido experiencias dolorosas» (29,4).

La educación en la fe tiene sus momentos. Acertadamente se ha hecho notar que todo proceso catequético tiene un final, de forma que debe distinguirse claramente entre el grupo catequético —en sus más variadas formas— y la comunidad cristiana estable, para evitar el riesgo de una catequesis diluida, que no sabe muy bien cuáles son sus objetivos⁴⁸. Este punto se ve muy claro en la formación religiosa escolar: se sigue unos ciclos, hay unos programas, un comienzo y final claro; sin embargo, en otros ámbitos —especialmente el parroquial— no siempre sucede lo mismo.

¿Dónde se da la educación en la fe? En la familia, parroquia, escuela, asociaciones, movimientos y agrupaciones de fieles... No debe existir ningún ámbito establecido donde la fe no deba ser transmitida sistemáticamente. Sintéticamente recordará el Papa en Granada lo que ya ha señalado en anteriores documentos: «No cabe duda que la parroquia debe continuar su misión privilegiada de formadora en la fe; no cabe duda de que los padres deben ser los primeros catequistas de sus hijos. Sin embargo, no puede dejar de tenerse en cuenta la transmisión del mensaje de salvación con la enseñanza religiosa en la escuela, privada y pública. Sobre todo en un país en el que la gran mayoría de los padres pide la enseñanza religiosa para sus hijos en el período escolar. Habrá de impartirse esa enseñanza con la debida discreción, con pleno respeto a la justa libertad de conciencia, pero respetando a la vez el derecho primordial de los padres, primeros responsables de la educación de sus hijos (cfr. Juan Pablo II, A los Obispos de la provincia eclesiástica de Zaragoza en su visita *ad limina*, 2 febrero 1982)» (29,5)⁴⁹.

Aunque largo, este párrafo resume muy bien las preocupaciones del

47. El Papa cita aquí un discurso de Pablo VI a los Obispos de Francia en su visita *ad limina* del 20-VI-1977: AAS 69 (1977) 589, y el ya citado discurso a la Pontificia Universidad Salesiana del 31-I-81, donde el Papa recoge las palabras de Pablo VI. Parecidas palabras dirá en su *Encuentro con los religiosos* (Madrid, 2-XI-82), n. 5, donde les dice que no sean nunca portadores de ideologías, sino de certezas de fe; que transmitan siempre con fidelidad la doctrina de la Iglesia; que eviten ciertas posturas críticas, llenas de amargura, que oscurecen la verdad, desconciertan a los fieles y a las mismas personas consagradas. Cfr. también 10,4.

48. Cfr. *La Catequesis de la comunidad...*, o.c., n. 101.

49. Este mismo tema fue ampliamente tratado por el Papa en 16,3.

Santo Padre en este tema⁵⁰, así como las del Episcopado Español que no ha dejado de recordar repetidamente este derecho, y a cuyo tema ha dedicado amplios documentos, donde se fundamenta ese derecho-deber que la Iglesia tiene de impartir la enseñanza religiosa en cualquier ámbito escolar⁵¹.

Y es en el ámbito escolar donde se deberá lograr especialmente esa deseada integración entre la fe y la cultura, pues «la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida» (21,2)⁵².

c. El educador en la fe

Pieza clave para que en la Iglesia se dé una auténtica renovación en la educación en la fe es la figura del catequista, del educador, del profesor. El es más importante que los métodos e instrumentos. «Es imprescindible —dirá el Papa— que se forme sólidamente a los catequistas y educadores, dándoles una adecuada preparación bíblica, teológica, antropológica y que se les enseñe a *vivir ante todo ellos mismos* esa fe, para catequizar a los demás con la palabra y sobre todo en la profesión íntegra de la fe, asumida como estilo de vida» (29,4). Y más adelante añade: «Sí, el Evangelio no sólo se transmite, sino que se participa en él. Quien más participa, transmite de manera más madura; y quien más generosamente transmite, más profundamente participa» (29,4).

Conocimientos profundos y testimonio de vida. Sin la fe no se pue-

50. Muchas veces ha recordado estos puntos el Papa: cfr. *Catechesi tradendae*, n. 60, donde habla de «La catequesis en la escuela». Vid. también la cita 23.

51. Muchos de los escritos recogidos en *Documentos colectivos del Episcopado Español...*, o.c., hacen referencia precisamente a este tema. Un documento de especial importancia aquí es el titulado: *Orientaciones pastorales sobre la enseñanza religiosa escolar. Su legitimidad, carácter propio y contenido*, Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, Madrid 11.VI.1979. En cuatro epígrafes estructura el «por qué una enseñanza religiosa escolar» o «legitimidad»: 1.º) La enseñanza religiosa, exigencia de la escuela; 2.º) La enseñanza religiosa, un derecho de la persona y de los padres de familia; 3.º) La enseñanza religiosa, integrada en la formación humana; 4.º) La enseñanza religiosa, servicio eclesial.

52. Estas palabras son reproducción de las que había dicho unos meses antes (6.VI.82) al crear el Pontificio Consejo para la Cultura. Es evidente el interés del Papa por este tema. A los Obispos dirá: «Es cierto que ciencia y fe representan dos órdenes de conocimiento distintos, autónomos en sus procedimientos, pero convergentes finalmente en el descubrimiento de la realidad integral que tiene su origen en Dios» (3,2). Y a los seglares en Toledo decía: «Pienso, finalmente, en el mundo de la cultura. Los laicos católicos, en sus tareas de intelectuales y de científicos, de educadores y de artistas, están llamados a crear de nuevo, desde la inmensa riqueza cultural de los pueblos de España, una auténtica cultura de la verdad y del bien, de la belleza y del progreso, que pueda contribuir al diálogo fecundo entre ciencia y fe, cultura cristiana y civilización universal» (26,7). Conviene reseñar, por último, que lo peculiar de la enseñanza religiosa escolar propuesta por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en España es como una síntesis de fe-cultura: cfr. *Orientaciones pastorales...*, o.c., n. 9 y 94.

de educar en la fe. Es llamativa la insistencia del Santo Padre en la necesidad de vivir con profundidad la fe, de dar un testimonio coherente de vida cristiana. A las religiosas educadoras decía: «Recordad que quienes a lo largo de los siglos más han enseñado a los otros han sido los santos. Por ello, vuestro primer deber apostólico como maestras, educadoras y religiosas es vuestra propia santificación» (43,8; cfr. 17,5; 31,4; 39,7).

El Papa aludirá también en dos ocasiones a la misión importante que tienen en el «campo religioso» los educadores católicos, pues «en ellos confían tantos padres y confía la Iglesia para lograr esa formación integral de la niñez y juventud, de lo que en definitiva depende que el mundo futuro esté más cerca o más lejos de Jesucristo (cfr. *El laico católico testigo de la fe*, 81)» (29,5).

Como recordará el Papa, esta tarea de educar en la fe «no es privativa de los ministros sagrados o del mundo religioso, sino que debe abarcar los ámbitos de los seglares, de la familia, de la escuela. Todo cristiano (...) ha de sentir la urgencia de evangelizar 'que no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone' (1 Cor 9,16)» (29,3)⁵³.

Misión sublime la del educador en la fe. Estas emotivas palabras pronunciaba recientemente el Papa: «Me es grato recordar una magnífica afirmación del Santo Obispo Ambrosio, el cual declaraba ángeles a quienes se comprometen a llevar la palabra de Dios y a evangelizar a los hombres: 'No se puede callar ni se puede negar; es un ángel el que anuncia el Reino de Dios y la vida eterna' (*De Mysteriori*, I,6)»⁵⁴.

d. *Importancia de la educación en la fe en la vida de la Iglesia*

Después de todo lo expuesto es evidente el importante papel que tiene en la Iglesia la educación en la fe de los fieles. Dirá Juan Pablo II que «esta misión, que es un deber eclesial: 'Ay de mí si no evangelizare' (1 Cor 9,16), sigue teniendo en nuestros días una importancia trascendental (...) Hoy sobre todo es necesaria y urgente dicha tarea» (29,3).

Efectivamente, sin una verdadera y profunda educación en la fe de los cristianos, la conversión producida por la predicación primera o kerygmática, o la fe recibida por el Bautismo en la infancia se apagaría. Y, por otro lado, no puede hablarse de una verdadera comunidad cristiana que celebra los sacramentos; ni puede pensarse en una verdadera predicación sin que los fieles conozcan lo que celebran o puedan entender la predicación. Sin educación en la fe —es decir, sin una cierta madura-

53. Cfr. *Catechesi tradendae*, capítulo IX: «La tarea nos concierne a todos» (nn. 62-72).

54. *Discurso al Consejo Internacional para la Catequesis*, Roma, 15-IV-83: en *Ecclesia* 2.124 (1983) 584.

ción en la fe— es difícil que una homilía surta su efecto o que la participación en la Santa Misa o cualquier otro sacramento revitalice la fe. De ahí que el Papa hable de que la educación en la fe sea un «deber eclesial de una importancia trascendental».

En el último día de su estancia en España, en la homilía pronunciada en la Misa celebrada en Santiago de Compostela, y que significativamente se ha titulado: «La fe católica constituye la identidad del pueblo español», Juan Pablo II hablaba de esa Iglesia que crece y madura hacia Cristo a través de la fe transmitida por los apóstoles y sus sucesores. Todo educador en la fe forma parte de esa cadena ininterrumpida de «discípulos y apóstoles de Cristo» (29,1). Recordaba cómo la «fe es un tesoro (...) Por ella se transmite sin interrupción histórica la Revelación de Dios en Jesucristo a los hombres (...) Una fe que se traduce en un estilo de vida según el Evangelio, es decir, un estilo de vida que refleje las bienaventuranzas, que se manifieste en el amor como clave de la existencia humana y que potencie los valores de la persona, para comprometerla en la solución de los problemas humanos de nuestro tiempo» (45,5).

Esa fe «educada», «formada», tiene que dar frutos de auténtica vida cristiana: «Se os confía un tesoro, se os otorgan unos talentos —dirá a los seglares en Toledo— que han de ser asumidos con responsabilidad para que fructifiquen con abundancia» (26,5).

Todo el discurso del Papa en Granada está lleno de optimismo, de visión positiva: poniendo a Cristo en el centro de la vida de cada cristiano, será posible iluminar la existencia humana: «Poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas», como le gustaba decir al Fundador y primer Gran Canciller de nuestra Universidad⁵⁵.

Al finalizar sus palabras, dirá el Papa a todos los que participan en esta tarea: «*La recompensa mayor*, según el Apóstol, reside en *poder anunciar el Evangelio*. Poder ser dispensadores de la palabra y del amor de Dios, ser colaboradores y apóstoles de Jesucristo (...) Queridos educadores en la fe: Sea Cristo la *recompensa* por vuestras fatigas, cumplidas con desinterés y magnanimidad en todas las Iglesias de España. Que esta fatiga produzca cosechas de ciento por uno. Así lo pido a la Virgen de las Angustias, Patrona de Granada» (29,7).

3. *Mirando hacia el futuro*

No quiero terminar estas páginas sin intentar hacer algunas *reflexiones* que sirvan para el futuro de la educación en la fe en nuestras tierras. Parece evidente que el contenido catequético del discurso del Papa en

55. ESCRIVÁ DE BALAGUER, J., *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid 1969, n. 59.

Granada y las numerosas referencias antes y después de su viaje sobre este tema, así como los abundantes documentos del Episcopado Español sobre Enseñanza y Catequesis, deben ayudar a todos los que se dedican a esta tarea a examinar de nuevo algunos puntos.

En consonancia con los deseos del Papa, así han escrito los Obispos españoles: «Afirmamos con Juan Pablo II la prioridad de la catequesis en el conjunto de las acciones pastorales de la Iglesia» (Exh. 32). La *urgencia* de la catequesis apunta al futuro de la Iglesia, «no sólo la extensión geográfica y el incremento numérico, sino también, y más todavía, el crecimiento interior de la Iglesia, su correspondencia con el designio de Dios, dependen esencialmente de la catequesis»⁵⁶. Y más adelante añade un párrafo citado también por los Obispos españoles (cfr. Exh., 32): «En este final del siglo XX, Dios y los acontecimientos, que son otras tantas llamadas de su parte, invitan a la Iglesia a renovar su confianza en la acción catequética como en una tarea absolutamente primordial de su misión»⁵⁷.

Pero para cumplir esa importante misión eclesial, la catequesis ha de ser auténtica y verdadera. Reencontrar la *identidad* de la catequesis es tarea imprescindible. Se han dilucidado y están puestas las bases teóricas para que algunas antinomias que en gran parte esterilizan a la catequesis se puedan resolver en la práctica. Las oposiciones entre doctrina y vida, método y contenidos, memorismo y anti-memorismo, ortopraxis y ortodoxia, experiencia y doctrina, etc., deben integrarse en una catequesis como la que exige nuestro tiempo.

He señalado que estos problemas deben resolverse en la *práctica*, pues es allí donde se pone en acto la catequesis. Y los resultados no son del todo satisfactorios: no se advierte, por desgracia, que después de una catequesis continuada —en ocasiones después de largos años de educación en la fe en la escuela y la parroquia—, los fieles hayan conseguido «aquellas certezas, sencillas pero sólidas, que les ayuden a buscar cada vez más el conocimiento de Dios» (29,3)⁵⁸.

La ignorancia religiosa es un fenómeno preocupante de nuestro tiempo, que conlleva una vida cristiana pobre y sin frutos. Y es que «sin una instrucción y formación religiosa exacta y profunda no es posible esperar de los fieles una práctica sincera y generosa de la vida cristiana»⁵⁹.

Todas estas consideraciones apuntan al tema de los contenidos. Se advierte, «si no la necesidad, al menos la gran oportunidad de una síntesis clara y segura de las verdades fundamentales de la fe, que deben

56. *Catechesi tradendae*, n. 13.

57. *Catechesi tradendae*, n. 15.

58. Cfr. *Catechesi tradendae*, n. 60.

59. JUAN PABLO II, *Discurso al Consejo Internacional para la Catequesis*, o.c., n. 2.

ser transmitidas y enseñadas a todos los fieles de forma explícita y segura, teniendo presente el espíritu propio del Concilio Vaticano II»⁶⁰. Y entre los cinco criterios o líneas de acción fundamentales recientemente propuestos por la Conferencia Episcopal española figura «clarificar los contenidos de la fe para asegurar la identidad del mensaje cristiano y su adaptación al hombre de hoy» (Dir., II, 5).

Pocos meses antes de todas estas palabras, el Cardenal Joseph Ratzinger decía: «Una primera falta grave en la tarea emprendida fue la de suprimir el catecismo y declarar superado el género mismo 'catecismo'. Es cierto que el catecismo, como libro, no llegó a ser de uso común sino en tiempos de la Reforma; pero una estructura fundamental de la transmisión de la fe, nacida de la lógica de la fe, es tan antigua como el catecumenado, o sea, tan antigua como la misma Iglesia. Esa estructura fundamental se desprende, en efecto, de la naturaleza misma de la misión de la Iglesia, y es, por tanto, irrenunciable»⁶¹. A su juicio, «la miseria de la nueva catequesis consiste, en definitiva, en que ha olvidado a ojos vista la distinción entre el 'texto' y su 'comentario'. El texto, o sea, el contenido propiamente dicho de lo que hay que decir, se diluye cada vez más en su comentario; pero, entonces, el comentario no tiene ya nada que comentar, ha llegado a ser su propia medida, y pierde, por lo mismo, su seriedad. Soy de la opinión de que la distinción hecha por el *Catecismo Romano* entre el texto de base de las afirmaciones de la fe y los textos hablados o escritos de su transmisión, no es sólo 'un' camino didáctico, posible entre otros, sino que pertenece a la esencia de la catequesis»⁶².

Falta, en este período post-conciliar, un texto de referencia, como tuvieron después del Concilio de Trento los párrocos y demás responsables de la Catequesis con el Catecismo Romano. Pienso que éste debería ser el gran servicio que los teólogos hicieran a la Iglesia contemporánea. Sin clarificación de contenidos no se puede hacer una catequesis sencilla y profunda. Habrá en todo caso *metodología*, quizá cada vez más compleja y especializada, pero no catequesis, e incluso, como antes apunté, esos métodos en ocasiones disuelven la fe, se convierten en fin. Es «necesario subrayar que lo que hace la catequesis no es la experiencia del hombre, aun cuando esta experiencia sea comunitaria, sino la palabra de Dios, la cual revela los misterios divinos y los destinos sobrenaturales del hombre»⁶³.

60. *Ibidem*.

61. RATZINGER, J., *Transmisión de la fe...*, o.c., p. 11.

62. *Ibidem*, pp. 28-29. Cobra especial actualidad el estudio recientemente publicado por P. Rodríguez y R. Lanzetti, *El Catecismo Romano: Fuentes e historia del texto y de la redacción. Bases críticas para el estudio teológico del Catecismo del Concilio de Trento (1566)*, Eunsá, Pamplona 1982, 498 pp.

63. JUAN PABLO II, *Discurso al Consejo Internacional para la Catequesis*, o.c., n. 2.

Querría volver a insistir en el papel clave que deben tener los teólogos en estos momentos. Detrás de conocidos textos «catequéticos» que tanta influencia han tenido en nuestros días, lo que en realidad hay no es un método —aunque exista—, sino una determinada forma de entender la fe, o los contenidos de la fe: hay una teología. No desmezzo con ello el papel de los catequetas, entre los que me cuento, sino que quiero señalar un hecho que considero clave: «La catequesis es labor de la Iglesia, que nace de la fe y está al servicio de la fe»⁶⁴. Y la teología es «reflexión nacida de esta fe» (10,4), que «permanece fielmente vinculada a su fe eclesial, cuyo intérprete auténtico y vinculante es el Magisterio» (10,5).

Parece necesario no descartar la estructura de los contenidos catequéticos que tantos frutos ha dado a la Iglesia. En la citada conferencia, Ratzinger propone volver a las «cuatro piezas maestras», que son «la síntesis del material memorizable indispensable para la fe, y que refleja al mismo tiempo, los elementos vitales de la Iglesia: el símbolo de la fe, los sacramentos, el decálogo y la oración del Señor. Estas cuatro clásicas 'piezas maestras' (*Hauptstücke*) de la catequesis han servido durante siglos como elementos estructurantes y como lugares de concentración de la enseñanza catequética, y han abierto también el acceso tanto a la Biblia como a la vida de la Iglesia. Ya hemos dicho que corresponden a las dimensiones de la existencia cristiana. Es lo que afirma el *Catecismo Romano* al decir que allí se encuentra lo que el cristiano debe creer (el símbolo), lo que debe esperar (el Padrenuestro), lo que debe hacer (el decálogo como explicitación de los modos de amar), y se nos describe el espacio vital en que todo esto hunde sus raíces (sacramentos e Iglesia)»⁶⁵.

Este planteamiento quizá a alguno le parezca que supone retroceder el camino andado hasta el momento. En algún caso no dudo que sería cierto, pero los avances catequéticos no quedan truncados aceptando esta ordenación de las verdades de la fe, lógicamente iluminada y vivificada con todos los avances de las ciencias teológicas. La renovación actual de la catequesis, «verdadero regalo del Espíritu Santo a la Iglesia»⁶⁶, no queda descalificada, como he dicho.

Efectivamente, ¿qué puntos podemos señalar como significativos de esa renovación catequética? Sin duda, la incorporación de la renovación bíblica, litúrgica y doctrinal; la idea de que la catequesis implica «transmitir la fe vivida por la Iglesia, en la continuidad y fidelidad como palabra viviente y no una idea abstracta»⁶⁷; esa palabra viva que no

64. *Ibidem*, n. 4.

65. RATZINGER, J., *Transmisión de la fe...*, o.c., p. 24.

66. *Catechesi tradendae*, n. 3.

67. JUAN PABLO II, *Discurso al Consejo Internacional para la Catequesis*, o.c., n. 4.

se queda en el ámbito reducido de su inteligencia, sino que es palabra que va a «iluminar y transformar la vida individual y colectiva»⁶⁸: es decir, una enseñanza que no se quede en un frío memorismo, sino que comprometa toda la vida humana, personal y colectivamente. La renovación catequética ha hecho entender con mayor profundidad que «el anunciador de la palabra, predicador y catequista no sólo debe llevar la palabra de Dios íntegra y viva, sino que está llamado a comunicar también la fuerza divina de la palabra misma, en cuanto que habla no de sí, sino impulsado por Dios»⁶⁹. Para ser fieles a esta labor es preciso ser hombres y mujeres con una profunda vida «espiritual», con una personal experiencia de la unión con Cristo, pues «solamente en íntima comunión con Cristo, los catequistas encontrarán la luz y fuerza para una renovación auténtica y deseable de la catequesis»⁷⁰. Todas estas esperanzadoras realidades de la catequesis actual no están en contra —o se perderían— si se volviera a una reconsideración de los contenidos: estructura y verdades que deben transmitirse.

Otros muchos logros de la catequesis actual que no es preciso explicitar —renovación de métodos, técnicas, procedimientos y materiales; aportaciones de ciencias como la psicología y la sociología; atención al lenguaje; etc.— quedan en parte infecundos precisamente por no tener un contenido delimitado, un esquema de doctrina claro que responda al depósito de la Revelación entregado por Dios a su Iglesia. De ahí que bellamente y con gran profundidad teológica el Papa dijera en Granada a los educadores cristianos que eran «dispensadores de la Revelación divina», «dispensadores de aquella complacencia, de aquel amor eterno de Dios a los hombres» (29,7), «manifestándose en el tiempo a sí mismo y los planes misericordiosos de su voluntad» (29,1).

El renacer de la vida cristiana está muy unida a una auténtica educación en la fe de los fieles. El momento parece inmejorable. He intentado en estas páginas señalar algunos puntos que pueden ser asumidos en la práctica, recogidos de los abundantes documentos de que disponemos hoy día, porque «el don más precioso que la Iglesia puede ofrecer al mundo de hoy, desorientado e inquieto, es el de formar unos cristianos firmes en lo esencial y humildemente felices en su fe»⁷¹.

P. Pujol
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

68. *Ibidem*.

69. *Ibidem*, n. 2.

70. *Catechesi tradendae*, n. 9.

71. *Ibidem*, n. 61.